

tista, y holgaríame yo que cosas mías fuesen parainfos de tan buenas nuevas. Gracias á Dios y á mi diligencia, dijo Isabela, que si no fuera por mí él se estuviera agora quedo en Salamanca haciendo lo que Dios se sabe. Creame, señor Juan Bautista, que está presente, que tiene un hijo mas hermoso que santo, y ménos estudiante que galán; que mal hayan las galas y las atildaduras de los mancebos que tanto daño hacen en la república, y mal hayan juntamente las espuelas que no son de rodaja y los acicates que no son puntiaguados y las mulas de alquiler que no se aventajan á las postas; con estas fué ensartando otras razones equívocas, conviene á saber, de dos sentidos, que de una manera las entendian sus secretarias, y de otra los demas circunstantes; ellas las interpretaban verdaderamente, y los demas como desconcertados disparates. ¿Dónde vistes vos, señora, dijo Marulo, á mi hijo Andrea? ¿fué en Madrid ó en Salamanca? No fué sino en Illescas, dijo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Juan al tiempo que alboreaba; mas si va á decir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicó Marulo, que esté mi hijo cogiendo guindas y no espulgándose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son caballeros, respondió Isabela, de pura fantasía pocas veces se espulgan, pero muchas veces se rascan; que estos animalejos que se usan en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que así se entran por las calzas de los príncipes, como por las frazadas de los hospitales. Todo lo sabes, malino, dijo el médico; bien parece que eres viejo; y esto encaminando sus razones al demonio que pensaba que tenia Isabela en el cuerpo; estando en esto, que no parece sino que el mismo Satanas lo ordenaba, entró el tío de Isabela con muestras de grandísima alegría, diciendo: Albricias, sobrina mía, albricias, hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Juan Bautista, que está presente. Ea, dulce esperanza mía, cúmplenos la que nos has dado de que has de quedar libre en viéndole: ea, demonio maldito, *vade retro, exi foras*, sin que leves pensamiento de volver á esta estancia, por mas barrida y escombrada que la veas. Venga, venga, replicó Isabela, ese putativo Ganimedes, ese contrahecho Adónis, y déme la mano de esposo, libre, sano y sin cautela, que yo le he estado aquí aguardando mas firme que roca puesta á las ondas del mar, que la tocan mas no la mueven.

Entró de camino Andrea Marulo, á quien ya en casa de sus padres le habian dicho la enfermedad de la extranjera Isabela, y de cómo le esperaba para darle por seña de la salida del demonio. El mozo, que era discreto y estaba prevenido por las cartas que Isabela le envió á Salamanca de lo que habia de hacer si la alcanzaba en Luca, sin quitarse las espuelas acudió á la posada de Isabela y entró por su estancia como atontado y loco, diciendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, cuadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de una escuadra; con este alboroto y voces casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto que dijo el médico, y aun su mismo padre: Tan demonio es este como el que tiene Isabela; y su tío dijo: Esperábamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sosiégate, hijo, sosiégate, dijo su padre, que parece que estás loco. ¿No lo ha de estar, dijo Isabela, si

me ve á mí? ¿No soy yo por ventura el centro donde reposan sus pensamientos? ¿No soy yo el blanco donde asestan sus deseos? Si por cierto, dijo Andrea, si que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mía, y sacadme de la esclavitud en que me veo, á la libertad de verme debajo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alzadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho; vayan de aquí fuera los demonios que quisieren estorbar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tú dices bien, señor Andrea, replicó Isabela, y sin que aquí intervengan trazas, máquinas ni embelecios, dame esa mano de esposo y recíbeme por tuya: tendió la mano Andrea, y en aquel instante alzó la voz Auristela, y dijo: Bien se la pueden dar, que para en uno son.

Pasmado y atónito tendió tambien la mano su tío de Isabela, y trabó de la de Andrea, y dijo: ¿Qué es esto, señores? ¿Úsase en este pueblo, que se case un diablo con otro? Que no, dijo el médico, que esto debe de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso que va sucediendo pueda ser prevenido por entendimiento humano. Con todo eso, dijo el tío de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos qué lugar le daremos á este casamiento, el de la verdad, ó el de la burla. El de la verdad, respondió Isabela, porque ni Andrea Marulo está loco, ni yo endemoniada; yo le quiero y escojo por mi esposo, si es que él me quiere y me escoge por su esposa. No loco ni endemoniado, sino con mi juicio entero, tal cual Dios ha sido servido de dármele; y diciendo esto tomó la mano de Isabela, y ella le dió la suya, y con dos síes quedaron indubitablemente casados. ¿Qué es esto? dijo Castrucho, otra vez aquí de Dios, ¿cómo, y es posible que así se deshonren las canas deste viejo? No las puede deshonrar, dijo el padre de Andrea, ninguna cosa mía: yo soy noble, y si no demasiadamente rico, no tan pobre que haya menester á nadie; no entro ni salgo en este negocio: sin mi sabiduría se han casado los muchachos; que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta á los años, y si las mas veces los mozos en sus acciones disparan, muchas aciertan, y cuando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajitas á las mas consideradas; pero mírese con todo eso, si lo que aquí ha pasado puede pasar adelante, porque si se puede deshacer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos sacerdotes que se hallaron presentes dijeron que era válido el matrimonio; presupuesto, que si con parecer de locos le habian comenzado, con parecer de verdaderamente cuerdos le habian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dijo Andrea, y lo mismo dijo Isabela, oyendo lo cual su tío, se le cayeron las alas del corazón y la cabeza sobre el pecho, y dando un profundo suspiro, vueltos los ojos en blanco, dió muestras de haberle sobrevenido un mortal parassimo; lleváronle sus criados al lecho, levantóse del suyo Isabela, llevóla Andrea á casa de su padre, como á su esposa, y de allí á dos dias entraron por la puerta de una iglesia un niño hermano de Andrea Marulo á bautizar, Isabela y Andrea á casarse, y á enterrar el cuerpo de su tío, porque se vean cuán extraños son los sucesos desta vida; unos á un mismo punto se bautizan, otros se casan y otros se entierran:

con todo eso se puso luto Isabela, porque esta que llaman muerte mezcla los tálamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Cuatro dias mas estuvieron en Luca nuestros peregrinos y la escuadra de nuestros pasa-

jeros, que fuéron regalados de los desposados y del noble Juan Bautista Marulo. Y aquí dió fin nuestro autor al tercero libro desta historia.

## LIBRO CUARTO.

## CAPITULO PRIMERO.

Dase cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro y Auristela.

DISPUTÓSE entre nuestra peregrina escuadra, no una, sino muchas veces, si el casamiento de Isabela Castrucho, con tantas máquinas fabricado, podia ser valedero, á lo que Periandro muchas veces dijo que sí, cuanto mas que no les tocaba á ellos la averiguacion de aquel caso; pero lo que á él le habia descontentado, era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela, ni con el peligro de su tío; unas veces trataban en esto, y otras en referir los peligros que por ellos habian pasado: andaban Croriano y Ruperta su esposa atentísimos inquirendo quién fuesen Periandro y Auristela, Antonio y Constanza, lo que no hacian por saber quién fuesen las tres damas francesas, que desde el punto que las vieron fuéron dellos conocidas. Con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Acupendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la cual villa, adelantándose un poco Periandro y Auristela de los demas, sin temor que nadie los escuchase ni oyese, Periandro habló á Auristela desta manera: Bien sabes, ó señora, que las causas que nos movieron á salir de nuestra patria y á dejar nuestro regalo, fuéron tan justas como necesarias: ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesion esperada; mira, señora, que será bien que des una vuelta á tus pensamientos, y escudriñando tu voluntad mires si estás en la entereza primera, ó si lo estarás despues de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendrò entre promesas mentirosas, ni entre dobladas trazas; de mí te sé decir, ó hermosa Sigismunda, que este Periandro que aquí ves es el Persiles que en la casa del rey mi padre viste: aquel, digo, que te dió palabra de ser tu esposo en los alcázares de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase.

Ibale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y así le dijo: Sola una voluntad, ó Persiles, he tenido en toda mi vida, y esa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío, la cual tan entera y firme está agora como el primer día que te hice señor della; la cual si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre los muchos trabajos que hemos pasado: de que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesion tus esperanzas; pero dime, ¿qué harémos despues que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Léjos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodida-

des; no digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo, sino dígolo, porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida: hasta aquí, ó poco ménos de hasta aquí, padecia mi alma en sí sola; pero de aquí adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son mas que una. Mira, señora, respondió Periandro, cómo no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della desde el principio hasta el cabo; así yo no puedo responderte agora lo que harémos despues que la buena suerte nos ajunte; rómpace agora el inconveniente de nuestra division, que despues de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten y chozas que nos recojan y hatos que nos encubran; que á gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen; no nos faltará medio para que mi madre la Reina sepa dónde estamos, ni á ella le faltará industria para socorrernos; y en tanto esa cruz de diamantes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán á darnos ayudas, sino que temo que al deshacernos dellas se ha de deshacer nuestra máquina; porque ¿cómo se ha de crear que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina? Y por venir dándoles alcance la demas compañía, cesó su plática, que fué la primera que habian hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela jamas dió ocasion á Periandro á que en secreto la hablase, y con este artificio y seguridad notable pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habian conocido: solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó á sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada ántes de Roma, y en un meson, adonde siempre les solia acontecer maravillas, les aconteció esta, si es que así puede llamarse: estando todos sentados á una mesa, la cual la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenian abundantemente proveida, de un aposento del meson salió un gallardo peregrino con unas escribanías sobre el brazo izquierdo, y un cartapacio en la mano, y habiendo hecho á todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo: Este traje de peregrino que he visto, el cual trae consigo la obligacion de que pida limosna al que lo trae, me obliga á que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me habeis de hacer rico: yo, señores, soy un hombre curioso; sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros y los mas maduros en él de las letras: en los de la guerra he alcanzado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos

han dejado de ser tenidos por buenos; y como la necesidad, segun se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mio, que tiene un no sé qué de fantástico é inventivo, ha dado en una imaginacion algo peregrina y nueva, y es, que á costa ajena quiero sacar un libro á luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ajeno, y el provecho mio; el libro se ha de llamar: *Flor de aforismos peregrinos*, conviene á saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando en el camino ó en otra parte topo alguna persona, cuya presencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, ó alguna sentencia que lo parezca; y desta manera tengo ajuntados mas de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mio sino de su mismo autor, que lo firmó de su nombre, despues de haberlo dicho. Está es la limosna que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedis por quien nos guemos, que en lo demas seréis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren. Esta mañana, respondió el español, llegaron aquí y pasaron de largo un peregrino y una peregrina españoles, á los cuales por ser españoles, declaré mi deseo, y ella me dijo que pudiese de mi mano (porque no sabía escribir) esta razon:

*Mas quiero ser mala con esperanzas de ser buena, que buena con propósito de ser mala.*

Y díjome que firmase la peregrina de Talavera: tampoco sabía escribir el peregrino, y me dijo que escribiese: *No hay carga mas pesada que la mujer liviana.*

Y firmó por él, Bartolomé el Manchego. Deste modo son los aforismos que pido, y los que espero desta gallarda compañía serán tales, que realcen á los demas y les sirvan de adorno y de esmalte. El caso está entendido, respondió Croriano, y por mí, tomando la pluma al peregrino y el cartapacio, quiero comenzar á salir desta obligacion, y escribió:

*Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.*

Y firmó, Croriano: luego tomó la pluma Periandro y escribió:

*Dichoso es el soldado que cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe.*

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

*La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es mas firme que las demas honras.*

Y firmóse Antonio el Bárbaro; y como allí no habia mas hombres, rogó el peregrino que tambien aquellas damas escribiesen, y fué la primera que escribió Ruperta, y dijo:

*La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.*

Y firmó. Segundóla Auristela, y tomando la pluma, dijo:

*La mejor dote que puede llevar la mujer principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, ó la fortuna la deshace.*

Y firmó; á quien siguió Constanza, escribiendo: *No por el suyo, sino por el parecer ajeno ha de escoger la mujer el marido.*

Y firmó. Feliz Flora escribió tambien, y dijo:

*A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa, pero á mucho mas las fuerzas del gusto.*

Y firmó. Y siguiendo Belarminia, dijo:

*La mujer ha de ser como el armiño, dejándose ántes prender que enlodarse.*

Y firmó. La última que escribió fué la hermosa Deleair, y dijo:

*Sobre todas las acciones desta vida tiene imperio la buena ó la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.*

Esto fué lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento, y preguntándole Periandro si sabía algun aforismo de memoria, de los que tenia allí escritos, le dijese; á lo que respondió que solo uno diria que le habia dado gran gusto por la firma del que lo habia escrito, que decia:

*No desees, y serás el mas rico hombre del mundo.*

Y la firma decia: *Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid.* Por Dios, dijo Antonio, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el mas breve y compendioso que pueda imaginarse, porque está claro que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea no tiene falta de nada, y así será el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dijo el español, que hicieron sabrosa la conversacion y la cena; sentóse el peregrino con ellos, y en el discurso de la cena dijo: No daré el privilegio deste mi libro á ningun librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados, que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, ó á lo ménos por tan poco precio, que no le luzga al autor del libro; verdad es que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer, y pierden en él el trabajo y la hacienda; pero el destos aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

## CAPITULO II.

Llegan á las cercanías de Roma, y en un bosque encuentran á Arnaldo y al duque de Nemurs heridos en desafio.

Bien podia intitularse el libro del peregrino español *Historia peregrina sacada de diversos autores*; y dijera verdad, segun habian sido y iban siendo los que la componian; y no les dió poco que reir la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dió que pensar el dicho de Bartolomé el manchego, que dijo, *que no habia carga mas pesada que la mujer liviana*, señal que le debia de pesar ya la que llevaba en la moza de Talavera. En esto fueron hablando otro dia, que dejaron al español moderno y nuevo autor de nuevos y exquisitos libros, y aquel mismo dia vieron á Roma, alegrándoles las almas, de cuya alegría redundaba salud en los cuerpos: alborozáronse los corazones de Periandro y de Auristela, viéndose tan cerca del fin de su deseo; los de Croriano y Ruperta y los de las tres damas francesas ansimismo, por el buen suceso que prometia el fin próspero de su viaje, entrando á la parte deste gusto los de Constanza y Antonio: heriales el sol por cenit, á cuya causa, puesto que está mas apartado de la tierra que en ninguna otra sazón del dia, hiere con mas calor y vehemencia; y habiéndoles convidado una cercana selva que á su mano derecha se descubria, determinaron de pasar en ella el rigor de la siesta que

les amenazaba, y aun quizá la noche, pues les quedaba lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma; hicieronlo así, y miéntras mas entraban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las yerbas salian, los arroyos que por ella cruzaban, les iban confirmando en su mismo propósito.

Tanto habian entrado en ella, cuanto volviendo los ojos, vieron que estaban ya encubiertos á los que por el real camino pasaban; y haciéndoles la variedad de los sitios variar en la imaginacion cuál escogerian, segun eran todos buenos y apacibles, alzó acaso los ojos Auristela, y vió pendiente de la rama de un verde sauce un retrato del grandor de una cuartilla de papel, pintado en una tabla no mas del rostro de una hermosísima mujer, y reparando un poco en él, conoció claramente ser su rostro el del retrato, y admirada y suspensa se le enseñó á Periandro: á este mismo instante dijo Croriano que todas aquellas yerbas manaban sangre, y mostró los pies en caliente sangre teñidos. El retrato, que luego descolgó Periandro, y la sangre que mostraba Croriano, los tuvo confusos á todos y en deseo de buscar así el dueño del retrato como de la sangre. No podia pensar Auristela quién, dónde ó cuándo pudiese haber sido sacado su rostro, ni se acordaba Periandro que el criado del duque de Nemurs le habia dicho que el pintor que sacaba los de las tres damas francesas sacaria tambien el de Auristela, con no mas de haberla visto; que si de esto él se acordara, con facilidad diera en la cuenta de lo que no alcanzaba: el rastro que siguieron de la sangre llevó á Croriano y á Antonio que le seguian hasta ponerlos entre unos espesos árboles que allí cerca estaban, donde vieron al pié de uno un gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el corazon y todo lleno de sangre, vista que les turbó en gran manera, y mas cuando llegándose á él Croriano, le alzó el rostro que sobre los pechos tenia derribado y lleno de sangre, y limpiándosele con un lienzo, conoció sin duda alguna ser el herido el duque de Nemurs, que no bastó el diferente traje en que le hallaba para dejar de conocerle: tanta era la amistad que con él tenia; el Duque herido, ó á lo ménos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras dijo: Bien hubierais hecho, ó quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si hubieras alzado un poco mas la mano y dádome en mitad del corazon, que allí sí que hallaras el retrato mas vivo y mas verdadero que el que me hiciste quitar del pecho, y colgar en el árbol, porque no me sirviese de reliquia y de escudo en nuestra batalla. Hallóse Constanza en este hallazgo, y como naturalmente era de condicion tierna y compasiva, acudió á mirarle la herida y á tomarle la sangre, ántes que á tener cuenta con las lastimosas palabras que decia; casi otro tanto le sucedió á Periandro y Auristela, porque la misma sangre les hizo pasar adelante á buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre unos verdes y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto y limpio tenia; y así sin tener necesidad de limpiarsele, ni de hacer diligencias para conocerle, conocieron ser el príncipe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaba. La primera señal que dió de vida fué probarse á levantar, diciendo: No le llevarás, traidor, porque el retrato

es mio, por ser el de mi alma; tú le has robado, y sin haberte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida.

Temblando estaba Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones que le tenia le impelian á que á él se llegase, no osaba por la presencia de Periandro, el cual, tan obligado como cortés, así de las manos del Príncipe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el príncipe querria que se callase, le dijo: Volved en vos, señor Arnaldo, y veréis que estáis en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podais prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos, digo, y veréis á vuestro amigo Periandro y á vuestra obligada Auristela, tan deseosos de serviros como siempre: contadnos vuestra desgracia y todos vuestros sucesos, y prometéos de nosotros todo cuanto nuestra industria y fuerzas alcanzaren: decidnos si estáis herido, y quién os hirió y en qué parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrió en esto los ojos Arnaldo, y conociendo á los dos que delante tenia, como pudo, que fué con mucho trabajo, se arrojó á los pies de Auristela, puesto que abrazado tambien á los de Periandro, que hasta en aquel punto guardó el decoro á la honestidad de Auristela, en la cual puestos los ojos, dijo: No es posible que no seas tú, señora, la verdadera Auristela, y no imágen suya, porque no tendria ningun espíritu licencia ni ánimo para ocultarse debajo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado servirte: en tu busca vengo, porque si no es parando en tí, que eres mi centro, no tendrá sosiego el alma mia.

En el tiempo que esto pasaba, ya habian dicho á Croriano y á los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daba tambien señales de estar mal herido; oyendo lo cual Constanza, habiendo tomado ya la sangre al Duque, acudió á ver lo que habia menester el segundo herido, y cuando conoció ser Arnaldo, quedó atónita y confusa; y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dijo que le descubriese sus heridas; á lo que Arnaldo respondió con señalarle con la mano derecha el brazo izquierdo, señal de que allí tenia la herida. Desnudóle luego Constanza, y hallósele por la parte superior atravesado de parte á parte: tomóle luego la sangre, que aun corria, y dijo á Periandro, cómo el otro herido que allí estaba era el duque de Nemurs, y que convenia llevarlos al pueblo mas cercano donde fuesen curados, porque el mayor peligro que tenían era la falta de la sangre. Al oír Arnaldo el nombre del Duque, se estremeció todo, y dió lugar á que los frios celos se entrasen hasta el alma por las calientes venas, casi vacías de sangre, y así dijo, sin mirar lo que decia: Alguna diferencia hay de un duque á un rey; pero en el estado del uno ni del otro, ni aun en el de todos los monarcas del mundo cabe el merecer á Auristela; y añadió, y dijo: Nome lleven adonde llevaren al Duque, que la presencia de los agraviadores no ayuda nada á las enfermedades de los agraviados. Dos criados traia consigo Arnaldo y otros dos el Duque, los cuales por orden de sus señores los habian dejado allí solos, y ellos se habian adelantado á un lugar allí cercano, para tenerles aderezado alojamiento cada uno de por sí, porque aun no se conocian. Miren tambien, dijo Arnaldo, si en un árbol destos que están aquí á la redonda, está pendiente un

retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla que entre mí y el Duque hemos pasado; quítese y déseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mío. Casi esto mismo estaba diciendo el Duque á Ruperta y á Croriano y á los demás que con él estaban; pero á todos satisfizo Periandro, diciendo, que él le tenía en su poder como en depósito, y que le volvería en mejor coyuntura á cuyo fuese. ¿Es posible, dijo Arnaldo, que se puede poner en duda la verdad de que el retrato sea mío? No sabe ya el cielo, que desde el punto que vi el original le trasladé en mi alma? pero téngale mi hermano Periandro, que en su poder no tendrán entrada los celos, las iras y las soberbias de sus pretendores, y llévenme de aquí, que me desmayo: luego acomodaron en qué pudiesen ir los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco á poco quitando la vida, y así los llevaron al lugar donde sus criados les tenían el mejor alojamiento que pudieron, y hasta entonces no había conocido el Duque ser el príncipe Arnaldo su contrario.

## CAPITULO III.

Entran en Roma, y alójense en la casa de un judío llamado Manases.

Invidiosas y corridas estaban las tres damas francesas de ver que en la opinion del Duque estaba estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos, que el criado que envió á retratarlas, como se ha dicho, les dijo que consigo traía, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraba; razones y desengaño que las lastimó las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras igualen á las suyas, ni aun que se les comparen; porque la verdad que comunmente se dice, de que toda comparacion es odiosa, en la de las bellezas viene á ser odiosísima, sin que amistades, parentescos, calidades y grandezas se opongan al rigor desta maldita invidia, que así puede llamarse la que encendia las comparadas hermosuras: dijo ansimismo, que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando á la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se había sentado al pié de un árbol con el retrato en las manos, que así hablará con él muerto, como con el original vivo, y que estando así había llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oír lo que el Duque con el retrato hablaba, sin que yo y otro compañero mío lo pudiésemos estorbar, porque estábamos algo desviados: en fin, corrimos á advertir al Duque, que le escuchaban, volvió el Duque la cabeza y vió al peregrino, el cual sin hablar palabra, lo primero que hizo fué arremeter al retrato y quitárselo de las manos al Duque, que como le cogió de sobresalto, no tuvo lugar de defenderle como él quisiera, y lo que le dijo fué, á lo ménos lo que yo pude entender: Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos la que en ellas tienes: deja esa tabla donde está pintada la hermosura del cielo; así porque no la mereces, como por ser ella mía. Eso no, respondió el otro peregrino, y si desta verdad no puedo darte testigos, remitiré su falta á los filos de mi estoque, que en este bordon traigo oculto. Yo sí que soy el verdadero poseedor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas de la que ahora estamos la compré con mis te-

soros y la adoré con mi alma, y he servido á su original con mi solicitud y con mis trabajos.

El Duque entonces, volviéndose á nosotros, nos mandó con imperiosas razones, los dejásemos solos, y que viniésemos á este lugar, donde le esperásemos, sin tener osadía de volver solamente el rostro á mirarlos: lo mismo mandó el otro peregrino á los dos que con él llegaron, que, según parece, también son sus criados; con todo esto, hurté algun tanto la obediencia á su mandamiento, y la curiosidad me hizo volver los ojos, y vi que el otro peregrino colgaba el retrato de un árbol, no porque puntualmente lo viese, sino porque lo conjeturé, viendo que luego desenvainando del bordon que tenía un estoque ó á lo ménos una arma que lo parecía, acometió á mí señor, el cual le salió á recibir con otro estoque, que yo sé que en el bordon traía. Los criados de entrambos quisimos volver á despartir la contienda; pero yo fui de contrario parecer, diciéndoles, que pues era igual y entre dos solos, sin temor ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dejásemos y siguiésemos nuestro camino, pues en obedecerles no errábamos, y en volver quizá sí: ahora sea lo que fuere, pues no sé si el buen consejo, ó la cobardía nos emperezó los piés y nos ató las manos, ó si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cegó los ojos, que no acertáramos á ver el camino que había desde allí al lugar de la pendencia, sino el que había al deste adonde ahora estamos: llegamos aquí, hicimos el alojamiento con priesa, y con mas animoso discurso volviamos á ver lo que había hecho la suerte de nuestros dueños: hallámoslos cual habeis visto, donde si vuestra llegada no los socorriera, bien sin provecho había sido la nuestra. Esto dijo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duque; y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada una la quimera y máquina, si alguna había hecho ó levantado, de casarse con el Duque; que ninguna cosa quita ó borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los principios del amor tiene la misma fuerza que tiene la hambre en la vida humana: á la hambre y al sueño se rinde la valentía, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga y entera posesion del alma, los desdenes y desengaños le sirven de espuelas, para que con mas lijereza corra á poner en efecto sus pensamientos. Curáronse los heridos, y dentro de ocho dias estuvieron para ponerse en camino y llegar á Roma, de donde habían venido cirujanos á verlos.

En este tiempo supo el Duque, cómo su contrario era príncipe heredero del reino de Dinamarca, y supo ansimismo la intencion que tenía de escogerla por esposa: esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para reina, lo podía ser para duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos y imaginaciones se mezclaban los celos, de manera que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego; en fin, se llegó el día de su partida, y el Duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entró en Roma, sin darse á conocer á nadie, y los demás peregrinos de nuestra compañía, llegando á la vista de ella, desde un alto montecillo la descubrieron, y hincados

de rodillas, como á cosa sacra, la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino, que no conocieron, que con lágrimas en los ojos comenzó á decir desta manera:

¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta,  
Alma ciudad de Roma! A ti me inclino  
Devoto, humilde y nuevo peregrino,  
A quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que á tu fama se adelanta,  
Al ingenio suspende, aunque divino,  
De aquel que á verte y adorarte vino,  
Con tierno afecto y con desnada planta.

La tierra de tu suelo, que contemplo  
Con la sangre de mártires mezclada,  
Es la reliquia universal del suelo.

No hay parte en tí, que no sirva de ejemplo  
De santidad, así como trazada  
De la ciudad de Dios al gran modelo.

Cuando acabó de decir este soneto el peregrino, se volvió á los circunstantes, diciendo: Habrá pocos años, que llegó á esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonra de su nacion, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio desta insigne ciudad y de sus ilustres habitadores; pero la culpa de su lengua pagará su garganta, si le cogieran: yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habeis oido. Rogóle Periandro que le repitiese, hizolo así, alabáronse mucho, bajaron del recuesto, pasaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Pópulo, besando primero una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa, ántes de la cual llegaron dos judíos á uno de los criados de Croriano, y le preguntaron si toda aquella escuadra de gente tenía estancia conocida yo preparada donde alojarse, si no, que ellos se la darian tal, que pudiesen en ella alojarse príncipes; porque habeis de saber, señor, dijeron, que nosotros somos judíos, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud: tenemos por oficio adornar casas de todo lo necesario, según y como es la calidad del que quiere habitarlas, y allí llega su adorno, donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió: Otro compañero mío desde ayer está en Roma con intencion que tenga preparado el alojamiento conforme á la calidad de mi amo y de todos aquellos que aquí vienen. Que me maten, dijo Abiud, si no es este el frances que ayer se contentó con la casa de nuestro compañero Manases, que la tiene aderezada como casa real. Vamos pues adelante, dijo el criado de Croriano, que mi compañero debe de estar por aquí esperando á ser nuestra guía, y cuando la casa que tuviere no fuere tal, nos encomendáremos á la que nos diere el señor Zabulon: con esto pasaron adelante, y á la entrada de la ciudad vieron los judíos á Manases, su compañero, y con él al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los judíos habían pintado, era la rica de Manases, y así alegres y contentos guiaron á nuestros peregrinos, que estaba junto al arco de Portugal.

Apénas entraron las francesas damas en la ciudad, cuando se llevaron tras sí los ojos de casi todo el pueblo, que por ser día de estacion, estaba llena aquella calle de Nuestra Señora del Pópulo de infinita gente; pero la admiracion que comenzó á entrar poco á poco en los que á las damas francesas miraban, se acabó de entrar mucho á mucho en los corazones de los que vieron á la sin par Auristela y á la gallarda Constanza, que á su lado iba,

bien así como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo; tales iban, que dijo un romano que, á lo que se cree, debía de ser poeta: Yo apostaré que la diosa Vénus, como en los tiempos pasados, vuelve á esta ciudad á ver las reliquias de su querido Enéas. Por Dios, que hace mal el señor gobernador de no mandar que se cubra el rostro desta movable imagen: ¿quiere por ventura que los discretos se admiren, que los tiernos se desahagan y que los necios idolatren? Con estas alabanzas, tan hipóboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo escuadron, llegó al alojamiento de Manases, bastante para alojar á un poderoso príncipe y á un mediano ejército.

## CAPITULO IV.

De lo que pasó entre Arnaldo y Periandro, y entre el duque de Nemurs y Croriano.

Extendióse aquel mismo día la llegada de las damas francesas por toda la ciudad, con el gallardo escuadron de los peregrinos; especialmente se divulgó la desigual hermosura de Auristela, encareciéndola, si no como ella era, á lo ménos cuanto podían las lenguas de los mas discretos ingenios: al momento se coronó la casa de los nuestros de mucha gente, que los llevaba la curiosidad y el deseo de ver tanta belleza junta, según se había publicado. Llegó esto á tanto extremo, que desde la calle pedían á voces se asomasen á las ventanas las damas y las peregrinas, que reposando, no querian dejar verse: especialmente clamaban por Auristela, pero no fué posible que se dejase ver ninguna dellas.

Entre la demás gente que llegó á la puerta, llegaron Arnaldo y el Duque con sus hábitos de peregrinos, y apénas se hubo visto el uno al otro, cuando á entrambos les temblaron las piernas y les palpitaron los pechos: conociólos Periandro desde la ventana, díjosele á Croriano, y los dos juntos bajaron á la calle para estorbar en cuanto pudiesen la desgracia que podían temer de dos tan celosos amantes. Periandro se pasó con Arnaldo, y Croriano con el Duque, y lo que Arnaldo dijo á Periandro, fué: Uno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo consintiendo que este caballero frances, que dicen ser el duque de Nemurs, esté como en posesion del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mío: mira, amigo Periandro, esta enfermedad que los amantes llaman celos, que la llaman mejor desesperacion rabiosa, entran á la parte con ella la invidia y el menosprecio, y cuando una vez se apodera del alma enamorada, no hay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga, y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efectos que hace son grandes, que por lo ménos quitan el seso y por lo mas la vida; que mejor es al amante celoso el morir desesperado, que vivir con celos; y el que fuere amante verdadero no ha de tener atrevimiento para pedir celos á la cosa amada; y puesto que llegue á tanta perfeccion que no los pida, no puede dejarlos de pedir á sí mismo, digo á su misma ventura, de la cual es imposible vivir seguro; porque las cosas de mucho precio y valor tienen en continuo temor al que las posee, ó al que las ama, de perderlas; y esta es una pasion que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconséjote, ó amigo Periandro, si es que puede dar consejo quien no le tiene para sí, que

consideres que soy rey y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras, cuanto con palabras he prometido, de recibir á la sin par Auristela tu hermana sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linaje, pues está claro que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna á quien tantas dió de sí misma: nunca en humildes sugetos, ó pocas veces, hacen su asiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma; y para reducirme á un término solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, ora sea de linaje del cielo, ora de los ínfimos de la tierra; y pues ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tú, ó hermano mio, parte para que me las cumpla; que desde aquí parto mi corona y mi reino contigo, y no permitas que yo muera escarnecido deste Duque, ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro, diciendo: Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado á tu enojo, si no la castigara, á lo ménos la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo qué responderte. En esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé adónde llegan las que te ha dado, no sé qué responderte: de los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen; porque, con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol; y por ahora sosiégate, que ayer llegamos á Roma, y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzcan nuestras acciones á los felices fines que deseamos: huye, en cuanto te fuere posible, de encontrarte con el Duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió que así lo haria, y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, así el suyo como el de las damas francesas. Diferente fué la plática que tuvo Croriano con el Duque, pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela, ó habia de confesar Arnaldo no tener parte en él: pidió también á Croriano fuese intercesor con Auristela, le recibiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa: en fin, él se mostró algo arrogante y algo celoso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansimismo y quedó en darle la respuesta que dijese Auristela, al proponerle la ventura que se le ofrecia de recibirle por esposo.

## CAPITULO V.

De cómo por medio de Croriano fueron libres Bartolomé y la Talaverana, que estaban sentenciados á muerte.

Destá manera los dos contrarios celosos y amantes, cuyas esperanzas tenían fundadas en el aire, se despidieron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas, en reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, á lo ménos hasta tanto que Auristela se declarase, de la cual cada uno esperaba que habia de

ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un estado tan rico como el del Duque, bien se podia pensar que habia de titubear cualquier firmeza y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetererse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mujeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos, por entónces, no se extendian á mas que á enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenian; que por haber nacido en partes tan remotas y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegó á él un hombre español, y le dijo: Segun traigo las señas, si es que vuesa merced es español, para vuesa merced viene esta carta; púsole una en las manos cerrada, cuyo sobrescrito decia: *Al ilustre señor Antonio de Villaseñor*, por otro nombre llamado *el Bárbaro*. Preguntóle Periandro, ¿que quién le habia dado aquella carta? respondióle el portador que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y por lo ménos condenado á ahorcar por homicida, él y otra su amiga, mujer hermosa, llamada la *Talaverana*. Conoció Periandro los nombres y casi adivinó sus culpas, y respondió: Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hácia acá viene; y fué así, porque en aquel instante llegó Antonio, á quien Periandro dió la carta, y apartándose los dos á una parte, la abrió y vió que así decia:

« Quien en mal anda en mal para: de dos piés, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal vez cojea; que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres: la que yo trabé con la Talaverana, que no debiera, me tiene á mí y á ella sentenciados de remate para la horca; el hombre que la sacó de España, la halló aquí en Roma en mi compañía, recibió pesadumbre dello, asentóle la mano en mi presencia, y yo, que no soy amigo de burlas, ni de recibir agravios, sino de quitarlos, volví por la moza, y á puros palos maté á su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegó otro peregrino que por el mismo estilo comenzó á tomarme la medida de las espaldas: dice la moza que conoció que el que me apaleaba era un su marido, de nacion polaco, con quien se habia casado en Talavera, y temiéndose que en acabando conmigo habia de comenzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano á un cuchillo, de dos que traia consigo siempre en la vaina, y llegándose á él bonitamente se le clavó por los riñones, haciéndole tales heridas que no tuvieran necesidad de maestro: en efecto, el amigo á palos y el marido á puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo punto y trajéronnos á esta cárcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad: tomáronnos la confesion, confesamos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento, que aquí llaman tortura; sustanciósse el proceso, dándose mas priesa á ello de la que quisiéramos; ya está concluso y nosotros sentenciados á destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados á ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede llevar en paciencia: la cual besa á vuesa merced las manos y á mi señora Constanza y al señor Periandro y á

que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riesgos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la fe católica, á lo ménos de aquello que en su patria escuramente se practicaba: halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciaros, con quien hizo su confesion entera, verdadera y llana; y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciaros, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa fe. Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer y de su caída con la tercera parte de las estrellas que cayeron con él en los abismos, caída que dejó vacas y vacías las sillas del cielo, que las perdieron los ángeles malos por su necia culpa; declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdieron; discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad: contaron, cómo convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que como hombre Dios pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya union hipostática solo podia ser bastante para dejar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito, y así lo fué la paga; mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre, hasta que se puso en la cruz; exageráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos, y señaláronle con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado; mostráronle así mismo á Jesucristo Dios vivo, sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar por potencia, por esencia y por presencia; aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y así mismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del infierno; trataron del poder del sumo pontífice, visorey de Dios en la tierra y llavero del cielo; finalmente no les quedó por decir cosa que vieron que convenia para darse á entender, y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas liciones así alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas, y se las llevó á que paseasen los cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

« El desdichado Bartolomé

« Manchego. »

En extremo dió la carta gusto á los dos que la habian leído, y en extremo les fatigó su afliccion; y luego diciéndole al que la habia llevado dijese al preso que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarian; y al punto fabricaron las diligencias que habian de hacerse: la primera fué que Croriano hablase al embajador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se ejecutase la pena tan presto, y diese lugar el tiempo á que le tuviesen los ruegos y las solicitudes; determinó también Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir afliccion, y podria ser que tomasen las burlas por veras y se afligiesen con ellas; lo que hicieron fué dejar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hombros y diligencia de Croriano y en los de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente, y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana;

## CAPITULO VI.

Contienda entre Arnaldo y el duque de Nemurs, sobre la compra de un retrato de Auristela.

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro, á lo ménos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole que ya ella habia cumplido el